

El Grupo Alpino en Los Alpes (1997)

Pedro Gracia Pérez *

Todo comenzó un año antes con una proyección en el club por parte de Miguel Ángel García Monclús, que había ido al Mont Blanc con unos amigos del Club San Jorge de Zaragoza, con una experiencia y nivel superiores a los nuestros. El caso es que a algunos nos picó el gusanillo y nos lanzamos a la aventura. Junto a Monclús como perfecto guía, recuerdo que fuimos: Juan Carlos Calvo, Santiago Gracia, Carmen Guillén, su hermana Sonia, José Miguel Fortea, Jesús González alias 'Ambrosio', mi hija Elena y un servidor.

Esto del monte tiene su escalafón: se aprende primero en el Pirineo, después en los Alpes, y para los mejorcitos ya vendrán empresas más arriesgadas: los Andes son palabras mayores, y la 'primera división' es por supuesto el Himalaya. Hay que ir así, de mil en mil metros, y disponer de tiempo y dinero, mucha ilusión, técnica suficiente y buenos amigos con quienes compartir la experiencia. Primero tuvimos que adquirir material, así es que nos fuimos a Benasque a dejarnos las pesetillas en Barrabés: guantes, botas de plástico, crampones, pantalones y cazadoras impermeables, camisetas térmicas, etc. De paso no perdimos la ocasión de hacer alguna excursión para probar sobre el terreno nuestras adquisiciones. Santi preparó en su taller de Teruel piquetas largas y ligeras de aluminio, ya que las normales no sirven para colocar las tiendas en la nieve.

Una tarde de primeros de agosto partimos hacia Chamonix, a mil doscientos y pico kilómetros de Teruel, conduciendo por turnos y pasando una noche a mitad de camino en una zona de descanso de la autopista francesa. Nos llevamos de casa toda la comida y bebida, mucho más barata que en Francia, así que los tres coches iban a tope. Cuando faltaba poco para llegar, en mi Renault Express empieza a avisar el chivato del agua y a salir vapor del motor: se había averiado un latiguillo del conducto de la calefacción, según nos dirían después. Tras comprobar con impotencia cómo fallan a veces los seguros con supuesta cobertura de asistencia, y te dejan más tirado que la una a mil kilómetros de casa, pudimos por fin avisar a un taller para que enviasen una grúa. Por suerte en casi todos los pueblecillos franceses el taller es de Renault. Llegamos así unas cuantas horas más tarde de lo previsto, localizamos el camping, donde afortunadamente había sitio para todos, y montamos por fin nuestro tenderete.

Según nos enseñó Monclús, antes de intentar la ascensión al Mont Blanc, hay que aclimatarse para evitar el mal de altura, practicar un par de días con las botas y los crampones rígidos y, por encima de todo, consultar la meteorología. Son imprescindibles dos días favorables, ya que el mal tiempo puede acarrear desastres en esas altitudes siempre nevadas. El servicio de predicción de Chamonix está considerado de lo mejorcito del mundo en sus previsiones, y casi todos los establecimientos de la localidad muestran en sus escaparates la información correspondiente a los próximos días, así que todo consiste en irse adaptando y preparando mientras se esperan estos dos días buenos, si los hay. No conviene arriesgarse.

Para irse aclimatando a las altitudes alpinas, conviene hacer una ascensión por encima de los 4000 metros y luego descender para dormir. Lo habitual es coger el teleférico que

sube a la Aiguille du Midi (3842 m) y hacer desde allí el Mont Blanc du Tacul (4248 m). Para evitar las colas, conviene sacar el ticket el día anterior y esperar el primer teleférico del día a las 6 de la madrugada. Luego saldrá una cabina cada media hora, con 90 plazas aproximadamente, salvando en apenas 20 minutos los casi 3000 metros de directísimo desnivel entre Chamonix y la aguja. Simplemente esta primera experiencia del teleférico, su cercanía a las paredes rocosas, el balanceo cuando la cabina pasa por las únicas dos o tres torretas de todo el recorrido, la vista que va quedando abajo y el enrarecimiento del aire que se siente al llegar son verdaderamente impresionantes.

Pero todavía impresiona más la que tienen organizada los franceses en el seno de la aguja rocosa, cuya parte superior bicéfala está horadada por túneles y cubierta de pasarelas y miradores que dan cabida a varias cafeterías, restaurantes y tiendas de recuerdos. Los turistas se quedan, mientras nosotros salvamos una valla que da paso a un agujero luminoso por donde se sale al exterior. El contraste de temperatura es muy fuerte, hemos subido de golpe 400 metros por encima del Aneto, así que nos ponemos toda la indumentaria y el material y..., sorpresa. Por si no fuera suficiente con las visibles señales que avisan del peligro de la alta montaña, nada más salir te encuentras con una arista de nieve en descenso que pone los pelos de punta, y más la primera vez. Hay que bajar con mucho cuidado y no está de más encordarse, allá abajo se divisa Chamonix y no parece haber nada que te vaya a detener en caso de tropiezo.

Algo más abajo la pendiente disminuye, aunque se sigue bajando unos 300 metros hasta una inmensa plataforma glaciaria que debe atravesarse en dirección a la base del Tacul. El regreso por ella de vuelta al teleférico me resultó penoso, seguramente a causa de la altura, hay que pagar la novatada. Bebí líquido sin apenas ganas, descansando cada pocos pasos y tumbándome a veces bajo un sol de justicia, en un ascenso que se me hizo eterno. El amigo Fortea me vio tan mal que hasta me cedió para darme sombra un miniparagüas ajustable a la cabeza, de esos que se pusieron de moda hace unas cuantas vaquillas.

Después de esta y algunas otras excursiones preparatorias, se anuncian varios días despejados, así que nos vamos para arriba. Al Mont Blanc (4810 m) se sube por la vía normal en dos días, el primero de los cuales cuenta, como sucede en muchas excursiones alpinas, con la ayuda de remontes mecánicos en su tramo inicial. Hay que desplazarse hasta la cercana localidad de Les Houches para tomar el teleférico hasta el collado de Bellevue, donde se espera en una pequeña estación el tren de cremallera procedente de St. Gervais, que nos remontará hasta la estación de Nid d'Aigle (2362 m). Desde aquí nos espera una buena pechada hasta sobrepasar el Refugio de Goûter (3817 m), para colocar las tiendas poco después, en un amplio hombro nevado.

Este refugio tiene fama de abarrotado y pestilente, ya que por su altitud y masificación es complicada la gestión de las letrinas. Antes de alcanzar la plataforma del refugio, se supera una arista rocosa sin dificultad técnica, aunque bastante vertical y muy descompuesta, que en los tramos más delicados está equipada con pasamanos, alguna cuerda y clavijas. Antes de llegar a ella, habremos pasado la famosa 'bolera', nevero permanente de un centenar de metros de anchura que se atraviesa en diagonal. Este nevero viene a ser un tobogán gigante por donde bajan de vez en cuando piedras de diferentes tamaños desprendidas por los caminantes desde la arista superior. Los 'bolos' somos precisamente nosotros, por lo que hay que cruzar con casco, distanciarse unos de otros y mirar de reojo hacia arriba. La escasa frecuencia de los proyectiles le da

simplemente un poco de emoción, aunque lo cierto es que al otro lado se respira más tranquilo, y que al día siguiente cuando se desciende por la arista de arriba se hace con sumo cuidado, pensando en el prójimo.

Por fin a la altura del refugio, nos separamos del edificio hacia una zona donde ya hay unas cuantas tiendas plantadas sobre la nieve, y colocamos en un par de huecos las nuestras. Fundimos nieve para los hervidos de la merienda-cena y para las cantimploras del día siguiente, añadiendo algunas sales de litines y pastillas potabilizadoras, por si acaso, y nos vamos prontísimo a dormir, ya que a medianoche hay que levantarse.

Con un frío intenso al salir de las tiendas, preparamos algo caliente para el desayuno antes de vestirnos y ponernos crampones, guantes y frontal. Elena tiene dolor de cabeza y el estómago revuelto, posiblemente a consecuencia de la altura, y muy a su pesar decide esperarnos en la tienda. Miguel Ángel, que había subido ya el año anterior, se ofrece a quedarse con ella, por lo que siempre le estaré agradecido. Años después, Carlos haría lo mismo por Pablo en el mismo lugar, y más adelante seríamos Pablo y yo quienes renunciaríamos a seguir, para acompañar a Carlos, con una inoportuna gastroenteritis tras pasar la noche en el refugio de Hornli, al pie del Cervino. La solidaridad con el grupo se antepone siempre en la montaña a los objetivos personales.

Los demás salimos para arriba, con una temperatura de diez grados bajo cero que iba escarchando el agua de la cantimplora dentro de la mochila, y a mí me hacía sentir algo de frío en los pies. Alcanzamos la cima en el amanecer de un 10 de agosto claro y hermoso. Tras las fotos y saludos de rigor, iniciamos el descenso e hicimos un descanso en el refugio de altura Vallot (4350 m). Recogimos el campamento y seguimos bajando con la carga al completo, para llegar a la estación antes del regreso del último tren de cremallera, con la sensación de que esfuerzo había merecido la pena.

Y hasta aquí la descripción de mi primera subida al Mont Blanc. Habría otras incursiones alpinas del Grupo Javalambre en años sucesivos, tanto en Chamonix como en el valle italiano de Aosta y en el suizo de Zermatt, en las que otros ejerceríamos de guías. Más de treinta socios o socias del club ya han conseguido subir alguna montaña de cuatro mil metros. Para empresas mayores que continúen esta trayectoria, se requiere la presencia de gente joven con fuerza e ilusión. Los veteranos vamos tocando techo, pero esperamos con los brazos abiertos a cuantos tengan la inquietud de iniciarse con unos pequeños consejos, para enseguida dejarnos atrás. Vamos aprendiendo unos de otros, y así es en esencia como funciona un club de montaña...

* Presidente del GAJ